

La obra á que aludimos era un reducto conocido con el nombre de Kalke-Schanze, situado á nuestra izquierda en la orilla del Vistula, y de consiguiente en el terreno bajo por donde atraviesa dicho rio. Aunque estaba colocado mas abajo del punto que nosotros coronábamos con nuestras obras, enfilaba nuestras trincheras, siendo esto un motivo suficiente para que procurásemos libertarnos de él. Y efectivamente, unos soldados de la legion del Norte, tropa bastante atrevida, segun ya hemos dicho, aunque poco sólida, se arrojaron osadamente sobre el reducto, apoderándose de él; pero durante aquella misma noche, hizo el enemigo una salida contra nuestras primeras trincheras y el reducto que acabábamos de quitarle. Al principio fué rechazado, mas recobró el reducto de Kalke-Schanze, del cual espulsó á los soldados de la legion del Norte, asi como á los badenses. Apenas se vió en él, inundó los fosos con las aguas del Vistula, cercó las escarpas de tierra con fuertes empalizadas, y se hizo allí casi inespugnable.

Nos vimos, pues, obligados á continuar nuestro camino subterráneo, á pesar de aquel vecino incómodo, de que era preciso librarse con el auxilio de travesías, que son una especie de parapetos de tierra, opuestos á los fuegos que salian del flanco, y que como nos imponian un aumento de trabajo, debian prolongar las operaciones del sitio.

Durante las noches y los dias subsiguientes desde el 4 de abril hasta el 7, prosiguiéronse los trabajos atrincherados bajo el fuego de la plaza, al cual no podiamos contestar, porque aun no habia llegado la artilleria gruesa, teniendo únicamente artilleria de campaña, que colocamos en algunos

reductos, para disparar metrallazos en contra del enemigo, cuando hiciese una salida. El trabajo ofrecia mas dificultades que en la mayor parte de sitios regulares, pues el suelo en que se trabajaba, se componia de una arena fina, movidiza y poco consistente que se desmoronaba con el choque de las balas de cañon, y que el fuerte viento, que siempre sopla al acercarse el equinoccio, arrojaba á los ojos de nuestros soldados. Además el tiempo era bien malo, nevando unas veces y lloviendo otras, á lo cual hay que agregar que los únicos buenos trabajadores que teniamos eran los franceses, pocos en número y agobiados de cansancio.

En la noche del 7 se abrió una paralela contra Bischoffsberga, con dos intenciones; una distraer al enemigo por medio de un ataque falso, y otra establecer baterias que cogiesen á Hagelsberga por la parte opuesta, y pudieran tambien arrojar sus disparos contra la ciudad. En los dias siguientes continuáronse los caminos subterráneos, no solo simulando ataques sino dándolos efectivamente, mientras que por su parte los sitiados emprendian obras dirigidas á destruir las nuestras, y destinadas á apoderarse de un repecho, desde donde podian dominar nuestras trincheras. En la noche del 10, el general Chasseloup, que habia vuelto á nuestro campo, tomó las disposiciones necesarias para destruir los trabajos dirigidos contra los nuestros, y á eso de las diez de la misma noche, cuatro compañías del regimiento número 44 de linea con ciento veinte soldados de la legion del Norte, mandados por el gefe de batallon Rogniat, pasaron una especie de barranco, que separaba la izquier-

da de nuestra primera paralela de la posicion que ocupaban los prusianos , arrojáronse sobre ellos, los arrollaron, cogieron trece y obligaron á los demas á ponerse en fuga tirando los fusiles. Sin demora ocupáronse los soldados en cegar con palas las trincheras que los enemigos habian empezado á levantar; pero como esto se hacia á cuarenta toesas de la plaza , y bajo un fuego de metralla y obus muy mortífero , despues de resistir cierto tiempo nuestros trabajadores de la legion del Norte, acabaron por huir unos tras otros , y los prusianos pudieron volver á la obra que habian abandonado , antes que hubiese sido completamente destruida. A la una de la madrugada, enterados el general Chasseloupy y el mariscal Lefebvre de la vuelta del enemigo, resolvieron volver á arrojarle de allí; y efectivamente lanzaron hácia la obra cuatrocientos hombres del regimiento número 44, los cuales encontraron en ella un fuerte destacamento de granaderos prusianos, los atacaron á la bayoneta , mataron ó hirieron á unos cincuenta , y cogieron otros tantos poco mas ó menos, con muchos fusiles y herramientas. En seguida, permaneció allí hasta el amanecer , cegando con palas las trincheras de los sitiados, una compañía de sajones, pero al rayar el día, aunque secundados por nuestros tiradores, no pudieron mantenerse firmes bajo los fuegos de la plaza , y tuvieron que retirarse.

Los prusianos volvieron á recuperar la obra en todo el día 12 , y levantaron de prisa y corriendo una especie de reducto empalizado en el repecho, á cuya posesion daban tanta importancia; pero como no era posible dejarlos tranquilos sobre la iz-

quierda de nuestras trincheras, se decidió quitarles á la noche siguiente aquella posicion por tercera vez, y ligarla al momento con la segunda paralela , abierta aquel día. El 12 á las nueve de la noche, pusieron el gefe del batallon Rogniat y el general Puthod , á la cabeza de trescientos granaderos sajones de Bevilacqua , una compañía de carabineros de la legion del Norte, y otra de granaderos del regimiento número 44 , mandados por el gefe de batallon Jacquemard , y embistieron con decision contra la obra tan disputada. La resistencia que hizo el enemigo fué muy viva, y como estaba resguardado por unas empalizadas, rompió contra nuestras tropas tal fuego de fusilería, que por un momento vacilaron estas: pero los granaderos del 44 marcharon en derechura hácia las empalizadas, mientras que los granaderos sajones de Bevilacqua, guiados por un tambor valiente, hallaron un camino que daba vuelta á la obra por la izquierda, y se introdujeron en ella, decidiendo el éxito de la lucha. Desde entonces quedamos por dueños del reducto, que los nuestros se apresuraron á enlazar con la segunda paralela.

Sin embargo, así que amaneció, resuelto el enemigo á disputarnos hasta el fin la posesion de un punto que debia paralizar nuestras obras subterráneas, si lograba conservarlo, intentó una gran salida, dirigiendo una fuerte columna sobre el reducto tan encarnizadamente disputado. Todos los fuegos de la plaza apoyaron sus esfuerzos, y gracias á esto se arrojó sobre el reducto en que habian quedado los sajones, los venció por el número, á pesar de que hicieron una vigorosa resistencia, y despues de conquistar la obra, marchó con

decision hacia nuestras trincheras, para invadirlas y derribarlas. Ya habia entrado en ellas, cuando el mariscal Lefebvre, que así que se enteró de aquella salida, reunió en un instante un batallon del 44, se lanzó sobre los prusianos espada en mano, y en medio de una lluvia de balas, los arrojó de las trincheras, y los persiguió bayoneta calada hasta el glasis de Hagelsberga, desde donde fué preciso retirarse bajo continuos disparos de metralla. Los prusianos perdieron en aquella accion cerca de trescientos hombres, costándonos á nosotros quince oficiales y un centenar de soldados, entre sajones y franceses.

Desde aquel momento, el enemigo dejó en nuestro poder el repecho de la izquierda, repecho que quedó entlazado definitivamente con nuestras trincheras: en seguida desembocamos por nuevos caminos subterráneos, mas allá de la segunda paralela, trabajando del mismo modo en la que se habia trazado delante de Bischoffsberga, y cuyo objeto hemos indicado ya.

Aquellos tres dias de combate retardaron los trabajos del sitio tanto mas cuanto, que como nuestras trincheras se veian amenazadas á cada paso, era preciso dedicar á su custodia nuestras mejores tropas; pero los dias siguientes se invirtieron en concluir la segunda paralela, ensancharla, formar en ella plazas de armas, para que pudieran alojarse las tropas que estaban de guardia, y disponer el sitio donde habian de colocarse las baterias, mientras no llegaban los cañones de grueso calibre, poniéndose el mismo esmero en la paralela del falso ataque, empezada á levantar delante de Bischoffsberga. A todo esto, llegaron

de órden de Napoleon, quien tenia fija su atencion en las operaciones de aquel gran sitio, dos nuevos regimientos, esto es, el de la guardia municipal de Paris y el 42 de ligeros, sacado momentáneamente de Thorn, para ser enviado á Dantzig. Al mismo tiempo mandó Napoleon al mariscal Mortier, que acababa de terminar con los suecos el asunto de la tregua, encaminase sus tropas hacia Dantzig, y reuniese en la isla de Nogath los elementos de la reserva de infanteria que debia mandar el mariscal Lannes; de suerte que teniamos esperanzas de ser fuertemente apoyados.

Provisto el ejército sitiador de dos nuevos regimientos franceses mas, convenia circunvalar la plaza de una vez, y continuar las operaciones proyectadas en el Vistula, trayendo al general Schramm, de la altura de Heubüde á la de la isla de Holm, lo cual era tanto mas urgente, cuanto que el enemigo se comunicaba todos los dias por medio del fuerte de Weichselmünde con el mar, por donde recibia socorros de gente y municiones. En consecuencia, el general Gardanne, que habia tomado el mando de las tropas situadas en Nehrung, bajó el 15 de abril la corriente del Vistula con dichas tropas y algunos refuerzos que se le enviaron, y fué á establecerse á lo largo del canal de Laake, entre Dantzig y el fuerte de Weichselmünde, á setecientas toesas del glasis de dicho fuerte. Apostado allí, interceptaba la navegacion del canal, y podia interceptar tambien la del Vistula, cuando las tropas del cuartel general fuesen á unir sus disparos con los suyos, bajando por su izquierda hacia la orilla del rio. Al principio no fué muy contrariada dicha operacion, si esceptua-

mos los reductos de la isla de Holm; pero conociendo á poco el mariscal Kaikreuth lo grave de la empresa, se resolvió á hacer los mayores esfuerzos para mantener abierta la comunicacion con el mar. El 16 de abril, salieron al mismo tiempo tres mil rusos y dos mil prusianos, los primeros del fuerte de Weichselmünde, y los segundos de Dantzig, á fin de atacar á nuestras tropas, que no habian tenido tiempo de establecerse sólidamente en Nehrung y en la embocadura del canal. Entonces se trabó un combate muy vivo por la parte del fuerte con los rusos, afortunadamente un poco antes de que los prusianos hubiesen desembocado de la plaza; pero los rechazamos sobre el glasis del fuerte, causándoles una pérdida considerable. Apenas habiamos acabado con ellos, cuando fué preciso volver á empezar con los prusianos, lo cual no fué ni difícil ni muy largo, pues nuestros auxiliares, á cuya cabeza iba el 2.º de ligeros, se portaron valerosamente. El enemigo perdió en aquella accion de quinientos á seiscientos hombres entre muertos y prisioneros y nosotros cerca de doscientos.

Despues de aquel combate, estaba segura al parecer nuestra instalacion en la parte baja del Vistula y Nehrung; pero no obstante, nos dedicamos á consolidarle, levantando dos parapetos de tierra, á fin de resguardarnos á un mismo tiempo contra el fuerte y contra la plaza, y se les dió bastante estension para que por una parte llegasen al rio, y por la otra á los bosques de que se hallaba cubierta aquella parte del Nehrung. Cortando leña acá y allá, y haciendo árboles en los puntos convenientes, pusimos los bosques casi en

estado de no poder penetrar en ellos: en el centro de nuestros atrincheramientos, se colocó un fuerte mampuesto; y á estas precauciones se añadió la de establecer en el canal y el rio una guardia de lanchas, que debia impedir á las embarcaciones enemigas bajar ó subir el Vistula. Mientras se hacian estos trabajos en la orilla derecha, las tropas del cuartel general que se hallaban en la orilla izquierda, bajaron de las alturas á la márgen del Vistula, y construyeron en ella reductos, á fin de que se cruzasen sus fuegos con los de las tropas situadas en Nehrung. De este modo nos libertaba por aquella parte una obra cubierta con gaviones, y que tenia doscientas toesas de largo, debiendo añadir que mientras se hacia, un oficial muy valiente, llamado Tardiville, se situó con un centenar de hombres en una casa que habia á orillas del Vistula, y se sostuvo en ella á pesar de los proyectiles del enemigo, con tal obstinacion, que aquella casa tomó su nombre mientras duró el sitio. Quedaba por conquistar la isla de Holm, para que la circunvalacion fuese completa; pero hasta tanto que así sucediese, los barcos enemigos penetraban hasta Dantzig con no poco trabajo. Efectivamente, varias barcas fueron apesadas, y una corbeta que procuró subir el Vistula, tuvo que pararse por el fuego que le hacian desde ambas orillas: entonces, guiados los soldados por un oficial de ingenieros llamado Leseq, saltaron por cima de las trincheras, se colocaron sin abrigo alguno en la orilla del rio y acribillando á balazos al buque enemigo, le obligaron á retirarse. Durante aquella lucha, una bala de cañon le llevó el sable al capitan Leseq, sin salir herido él.

Era el 20 de abril, y ya hacia mes y medio que nos hallábamos delante de la plaza, así como veinte dias desde que la trinchera fué abierta, cuando llegó la artillería gruesa, parte de ella procedente de Breslau, parte de Stettin, y parte de Thorn y Varsovia. Solo faltaban municiones; pero sin embargo podía empezar el fuego de las baterías de la primera y segunda paralela, disponiéndose en consecuencia lo necesario para dar principio á ello el dia 20, mas estalló de pronto una furiosa tormenta, que llenó las trincheras de torrentes de nieve, paralizando los trabajos. Fué preciso, pues, invertir dos dias en ponerlas corrientes, y como nuestros soldados vivaqueaban al aire libre, en un clima tan crudo, y que lo era aun mas por haberse retardado el invierno, sufrieron cruelmente durante aquel mal tiempo. Al fin el dia 23 por la noche, empezaron á disparar á un tiempo, y siguieron batiendo la plaza durante todo el dia 24, cincuenta y ocho bocas de fuego, que consistian en morteros, obuses y piezas de á veinte y cuatro y de á doce. La artillería enemiga que reservaba sus fuegos para hacer frente á la nuestra se apresuró á contestar, con bastante buena puntería por cierto; pero al cabo de algunas horas de aquel combate á cañonazos, soberbiamente dirigido por el general Lariboissiere, quedaron derribadas una porcion de troneras del enemigo, desmontadas muchas de sus piezas, y estalló en lo interior de la ciudad un violento incendio, causado por las bombas que arrojaban los obuses colocados en el punto que servia de ataque falso. Veíase subir columnas de humo por cima de los edificios mas altos, como prueba del daño que ha-

híamos hecho; pero con todo, sin comoverse en manera alguna el mariscal Kalkreuth, consiguió apagar el fuego, gracias á la mucha agua que habia en la ciudad. Para sondear sus disposiciones, le anunció el mariscal Lefebvre el 25 por la mañana, que iba á tirar con bala roja, pero no contestó: entonces todas nuestras piezas volvieron á hacer fuego con mas energía que antes, y estalló un nuevo incendio, que tambien se apagó con el auxilio de la guarnicion y los habitantes. Como el fuego de nuestra artillería atraía sobre ella los proyectiles enemigos, los trabajadores continuaron sus obras, las cuales avanzaron rápidamente y gracias á las dos de los ingenieros, que ahonaban en la arena en medio de las bombas que derribaban el mango de las zapas, y se llevaban los gaviones y sacos de tierra, llegaron las *zetas* hasta la tercera paralela, abierta al fin en la noche del 25 con el auxilio de la *zapa volante*.

En la noche del 26 trazóse gran parte de aquella paralela, siempre á favor del combate de las dos artillerías; pero desgraciadamente no poseíamos bastantes bocas de fuego ni municiones, y apenas tirábamos al dia dos mil bombas ó balas, cuando el enemigo hacia tres mil disparos. Además, teníamos muchas piezas de hierro que saltaban en manos de nuestros artilleros, y hacian tanto daño como los proyectiles enemigos; pero con todo nuestros soldados suplían la inferioridad en número con lo certero del tiro. El 27 quiso el enemigo volver á tomar la ofensiva por medio de salidas y aprovechándose de que aun no se habían acabado los trabajos de la tercera paralela, resolvió destruirlos, suspendiendo de pronto el

fuego á eso de las siete de la noche. Este indicio nos hizo presumir que los sitiados intentaban algo, y por lo mismo colocamos á derecha é izquierda, detras de los parapetos en que se ocultaban, las compañías del regimiento número 12 de ligeros que acababan de llegar. Efectivamente, seiscientos granaderos prusianos, seguidos de doscientos trabajadores, avanzaron hácia la paralela, imperfecta todavía y á que era fácil llegar: un puesto avanzado, que estaba tendido boca abajo, los divisó retirándose inmediatamente, á fin de dejarlos penetrar; pero entonces se arrojaron sobre ellos de improviso las compañías del 12 de ligeros, les acometieron á la bayoneta en el foso, y trabaron un combate cuerpo á cuerpo. La lucha fué mortífera, mas los rechazaron los nuestros, dejando tendidos en el sitio ciento veinte hombres entre muertos y heridos, cogiendo cierto número de prisioneros, y persiguiendo á los demas á la bayoneta hasta el glasis de la plaza.

El mariscal Kalkreuth pidió se suspendiesen las hostilidades por dos horas, para recoger los muertos y heridos, y por consejo de los artilleros é ingenieros, que deseaban una suspension de armas para poder hacer algunos reconocimientos, la concedió el mariscal Lefebvre. Los generales Lariboissiere y Chasseloup corrieron sin demora hasta el pie de los muros de la plaza, á fin de buscar posiciones desde donde pudiera batirse con mayor seguridad las obras de los sitiados, y hechos los reconocimientos, empezóse de nuevo á trabajar, ocupándose los nuestros en establecer nuevas baterías en los puntos que aquellos eligieron, cuidando de enlazarlas con nuestras trinche-

ras por medio de fosos con sus correspondientes parapetos.

El 28 por la noche, volvió á intentar el enemigo otra salida, con una columna de dos mil hombres, repartida en tres destacamentos, y lo mismo que la vispera marchó sobre nuestra tercera paralela, cuyos trabajos queria interrumpir á toda costa, pero al ver el primer destacamento dos compañías del regimiento número 19 de línea, se arrojaron sobre él á la bayoneta, y lo rechazaron hasta el glasis de Hagelsberga: sin embargo, acogidas allí por un fuego muy vivo, que salia del camino cubierto, y envueltas por el segundo destacamento, á quien no habian visto, perdieron unos cuarenta hombres. Con todo, fueron socorridas á tiempo, y el enemigo se retiró, dejando en nuestro poder setenta muertos y ciento treinta prisioneros.

A pesar de hacer tantos y tan violentos esfuerzos contra nuestra tercera paralela, no nos impidieron que perfeccionáramos los trabajos, prolongándola á derecha é izquierda, y armando baterías, pues hacia poco que habian llegado nuevos convoyes, gracias á lo cual pudimos colocar en batería mas de ochenta piezas de grueso calibre. Desde entonces se aumentó el fuego de artillería, hasta que al fin desembocamos de la tercera paralela por dos lados, á fin de dirigirnos á los puntos salientes de Hagelsberga, obra que se componia de dos baluartes; entre las cuales habia una media luna. Caminamos, pues, hácia el punto saliente del baluarte de la izquierda, y hácia el de la media luna; pero entonces se hicieron sumamente mortíferos los trabajos, porque el ene-

migo habia guardado para el fin del sitio los mayores recursos de su artillería, y empezó á dirigir la mejor contra nuestras obras. Nuestros soldados de ingenieros veian trastornadas sus zapas, y la arena movediza que separaban á un lado, caía sobre las trincheras con el choque de los proyectiles; pero no por eso desmayó su constancia en los trabajos en medio de aquellos peligros. Nuestras tropas de infantería sufrían por su parte terribles fatigas, pues cuanto mas nos acercábamos á la plaza, tanto mas era preciso confiar la custodia de las trincheras á soldados de reconocido valor; y como de las cuarenta horas, pasaban veinte y cuatro trabajando ó protegiendo á los que trabajaban, en aquel momento avanzábamos con mucha lentitud. El mariscal Lefebvre, que empezaba á perder la paciencia, echaba la culpa á todo el mundo, lo mismo á los ingenieros cuyas combinaciones no comprendia, que á los artilleros cuyos esfuerzos no sabia apreciar, y sobre todo á los auxiliares, que le prestaban muchos menos servicios que los franceses. Los soldados sajones se batian bien, pero no mostraban muy buena voluntad, particularmente en el trabajo; los badenses no eran buenos ni para trabajar, ni para entrar en fuego; y los polacos recién armados, aunque tenían celo, no estaban acostumbrados á la guerra. Los soldados de la legion del Norte, que se mostraban muy listos para atacar, se dispersaban á la menor resistencia que les hiciese el enemigo, y como todos aquellos auxiliares se inclinaban á desertarse, era preciso mantenerlos con las provisiones almacenadas en el cuartel general, para no dejarlos correr por las aldeas cir-

cunvecinas, de tal suerte que habia que cuidarles mejor que á los franceses, aunque estaban muy lejos de servir tanto como ellos. Asi es que el mariscal Lefebvre los ultrajaba á cada paso, diciendo que no sabian mas que comer, tratando de pura embrolla las razones de los ingenieros, sosteniendo que él haria mas que ellos con el pecho de sus granaderos, y empeñándose en que habia de poner fin al sitio por medio de un asalto general.

El proyecto no podia ser mas temerario, pues aun estábamos muy lejos de las obras de la plaza y si embestíamos el foso, íbamos á encontrarnos con las terribles empalizadas que reemplazaban en Dantzig las escarpas de mampostería. A todo esto, los ingenieros como sucede siempre en un sitio, no estaban de acuerdo con los artilleros, esplicando la lentitud con que se hacian los caminos subterráneos por lo movedizo del terreno, la poca proteccion que encontraban en la artillería, y los pocos buenos trabajadores que habia. A esto contestaban los artilleros que habia bastantes bocas de fuego y municiones, para igualar los fuegos del enemigo, y que no podian hacerlo mejor; pero deseando el mariscal ponerlos de acuerdo, propuso se acabase de una vez dando el asalto, aun antes de haberse concluido los trabajos preliminares. Los ingenieros que perdian mucha gente en aquellos trabajos, respondieron que como la artillería derribase una fila de empalizadas por medio de una batería de rechazo, ellos guiarían á nuestra infantería en el asalto de Hagelsberga; pero sin embargo, acordándose de que los rusos perdieron en 1724 delante de Dantzig cinco mil

hombres, en una empresa por el estilo, que la impaciencia les hizo acometer, no se atrevieron á aventurar semejante temeridad sin que lo mandase el emperador.

Afortunadamente se hallaba á unas treinta leguas de allí, y podia llegar su contestacion dentro de cuarenta y ocho horas: mas decimos, de seguro hubiera ido á darla personalmente, si viendo que el rey de Prusia y el emperador de Rusia estaban en el cuartel general de Bartenstein, no hubiera temido intentasen algo contra sus cuarteles de invierno. Así que recibió, pues, la carta del mariscal Lefebvre, se apresuró á moderar el ardor de aquel anciano guerrero, dirigiéndole una fuerte reprimenda, y reprendiéndole por su impaciencia, el desden con que miraba una ciencia que no conocia, y lo mal que hablaba de los auxiliares. «No sabeis, le escribió, mas que quejaros, injuriar á nuestros aliados, y variar de dictámen con arreglo á lo que os dice el primero que llega. Queriais tropas, y os las he enviado, preparo todavía mas, y sois *tan ingrato*, que seguís quejándoos, sin pensar siquiera en darme las gracias. Además, tratáis á los aliados, y especialmente á los polacos y badenses, sin miramiento alguno, y no considerais que sino están acostumbrados al fuego, ya se acostumbrarán con el tiempo. ¿Creeis que nosotros éramos tan valientes en el año 92, como lo somos hoy, al cabo de quince años de guerra? Tratad, pues, con indulgencia, por lo mismo que sois un soldado ya veterano, á los soldados bisonos que empiezan ahora, y que no miran aun los peligros con tanta sangre fria como vos. El príncipe de Baden, que teneis á vuestro lado (dicho príncipe se habia

puesto á la cabeza de los badenses, y asistia al sitio de Dantzic), ha tenido á bien dejar las comodidades de la corte, por conducir sus tropas al fuego, y por lo mismo debeis tratarle con atencion, teniendo en cuenta que está dando prueba de un celo que no se vé en sus iguales. Con el pecho de vuestros granaderos, á quienes quereis llevar á todas partes, no se derriban murallas, y así dejad que obren los ingenieros, oyendo los consejos del general Chasseloup, que es un hombre entendido, y en quien debeis seguir teniendo confianza, sin hacer caso del primer *criticon* que llega, para juzgar de lo que no entiende. Reservad el valor de vuestros granaderos para cuando diga la ciencia que podeis emplearlo útilmente, y entretanto, tened paciencia. Algunos perdidos, que no sabria, por lo demás en qué emplear hoy, no valen la pena de que mueran algunos hombres, cuya vida se puede economizar. Mostrad la calma, la consecueancia y el aplomo que tan bien sientan en vuestra edad: vuestra gloria consiste en tomar á Dantzic; tomadla, pues, y no quedareis descontento de mí.»

No se necesitaba mas para que el mariscal se calmase, y así se resignó á dejar que continuaran las operaciones del sitio, segun todas las reglas del arte. Aunque habiamos llevado el campo de Nehrung á la parte baja del Vistula, é interceptábamós el paso del canal y el rio, no podiamos circunvalar completamente la plaza mientras no tomásemos la isla de Holm, y solo tambien tomando dicha isla podiamos derribar una multitud de reductos, sobre todo el de Kalke-Schanze, que cogia nuestras trincheras de revés, las incomodaba con su fuego, y paralizaba las obras, á causa de las

travesías que era preciso añadir á ellas. Sin tener todas las tropas que hubiera sido de desear para que el sitio adelantase rápidamente, teníamos con todo bastantes para hacer una tentativa contra dicha isla, de suerte que dedicamos la noche del 6 de mayo para esta empresa, dándose orden al general Gardanne de que concurriese á ella por su parte, dirigiéndose hácia el canal de Laake en balsas. Ochocientos hombres debían bajar de la izquierda del cuartel general á la orilla del Vistula, atravesar el ríodos veces, y ejecutar el principal ataque, como efectivamente así sucedió, según vamos á ver. A las diez de la noche, trajéronse doce barcas frente por frente á la aldea de Schellmühl, sin que el enemigo lo advirtiese, y á la una dejaron dichas barcas la orilla derecha, abor- dando á la isla de Holm, con unos destacamentos del regimiento de la guardia de París, el 2.º y 12 de ligeros, y cincuenta soldados de ingenieros. El enemigo dirigió contra las embarcaciones algunos disparos de cañon con metralla; pero á pesar del fuego saltaron á tierra nuestras tropas, corriendo los granaderos de la guardia de París hácia el reducto mas inmediato, sin disparar un tiro y quitándose á los rusos que lo defendían. En aquel mismo instante cien hombres del 2.º de ligeros, y otros tantos del 12, corrieron tambien sobre los otros dos reductos, uno de los cuales estaba construido en la punta de la isla, y el otro en una casa llamada *Casa blanca*; sufrieron una descarga, pero marcharon con tal celeridad, que á los pocos minutos habian conquistado los reductos, haciendo prisioneros á los rusos. Nuestras tropas se arrojaron con igual rapidez sobre las demas

obras, y al cabo de media hora ya habian ocupado la mitad de la isla, y hecho quinientos prisioneros; pero mientras se acababa esta operacion tan pronta, las doce barcas que servian para pasar el Vistula condujeron otra columna compuesta de badenses y soldados de la legion del Norte, la cual tomó á la derecha, y se dirigió hácia la parte de la isla que mira á la ciudad de Dantzig. Animadas aquellas tropas con el ejemplo que acababan de darles los franceses, se arrojaron con osadía sobre los puestos enemigos, los sorprendieron, los desarmaron y cogieron en un instante doscientos hombres y doscientos caballos de la artillería. El general Gardanne pasó á la isla, atravesando el canal de Laake, y desde entonces quedó asegurada aquella importante conquista.

Esta era una ocasion favorable para apoderarse del reducto tan incómodo de Kalke-Schanze, tomado y perdido al principio del sitio, y que como está rodeado de agua y abierto en la garganta que hay por la parte de la isla de Holm, debia su principal fuerza al apoyo que recibia de dicha isla. Al mismo tiempo, pues, que nuestras dos columnas invadian la isla, un destacamento de sajones y soldados de la legion del Norte, conducido por el gefe de batallon Roumette, entró en los fosos del reducto con el agua hasta el pecho, se arrojó sobre las empalizadas, las atravesó, y á pesar de un vivo fuego de fusilería, se apoderó de la obra, en la cual cogió ciento ochenta prusianos, cuatro oficiales y varios cañones.

Aquella série de golpes de mano nos valió seiscientos prisioneros y diez y siete bocas de fuego, costando al enemigo seiscientos hombres entre

muertos y heridos, y proporcionándonos sobre todo la posesion de la isla de Holm, que completaba la circunvalacion de Dantzic, y cortaba fuegos muy perjudiciales para nuestras trincheras. Pero lo mejor fué que gracias á la rapidez con que todo aquello se hizo, tuvimos una pérdida insignificante.

Cuando ya nuestros trabajos habian llegado á la parte saliente de la media luna, abrimos una trinchera circular que abarcaba aquella parte y la dejaba algo atrás tanto á derecha como á izquierda, de suerte que era tiempo de dar el asalto al *camino cubierto*. Llamase así el borde interior del foso, á lo largo del cual circulan y se defienden los sitiados, al abrigo de una fila de cortas empalizadas; y en la noche del 7, precedido un destacamento del 49 de línea y el 42 de ligeros, por cincuenta soldados de ingenieros armados de hachas y palas, y mandados por los oficiales de ingenieros Barthelemy y Beaulieu, y el gefe de batallon de infantería Bertrand, desembocó por los dos estremos de la trinchera circular, y avanzó hácia el camino cubierto. Una lluvia de balas cayó sobre el espresado destacamento; pero los soldados de ingenieros, que iban á la cabeza, se arrojaron hacha en mano sobre las empalizadas, y derribaron algunas, mientras que penetrando nuestros peones en el camino cubierto, lo recorrian bajo la metralla que vomitaban las baterías de la plaza. En seguida se dirigieron hácia los fuertes mampuestos que se habian construido en los ángulos entrantes del recinto; pero sufrieron un fuego de fusilería tan vivo, que tuvieron que regresar á la parte saliente de la media luna, aunque no por eso dejó

de quedar en su poder el camino cubierto. Durante este tiempo, corrian acá y allá los mineros, para ver si habia minas empezadas y dispuestas, segun uso y costumbre, de modo que pudiera saltar el terreno conquistado por los sitiadores. Efectivamente, un sargento de ingenieros descubrió en la parte saliente de la media luna un pozo de mina, se arrojó sobre él sable en mano, encontró trabajando en ramales de mina á doce prusianos, y aprovechándose del terror que les inspiró su repentina aparicion, á todos los hizo prisioneros, derribando en seguida la obra. Aquel militar valiente, cuyo nombre merece ser conservado, se llamaba Chopot.

El asalto del camino cubierto, que siempre es una de las operaciones mas mortíferas de un sitio regular, nos costó diez y siete muertos y setenta y seis heridos, pérdida bastante grande si se tiene en cuenta el corto número de hombres que se empleó en un terreno tan estrecho. Dueños ya del camino cubierto de la media luna, estábamos situados en el borde del foso, pero era preciso bajar á él, derribar en seguida la fila de altas empalizadas que habia en el fondo, y tomar por asalto las rampas formadas con sus céspedes que hacian veces de escarpas de mampostería. Esta no era una empresa muy fácil, pues era preciso además ejecutar en la parte saliente del baluarte de la izquierda, la misma operacion que acababa de hacerse en la media luna, para que aquel baluarte no nos hiciese fuego por el costado, mientras atacábamos la misma media luna.

Establecieronse, pues, los nuestros en el foso, resguardáronse allí por medio de las precauciones